

LOS DESCONECTADOS

DAVID NEL·LO



edebé

periscopio

LOS DESCONECTADOS

DAVID NEL·LO

LOS DESCONECTADOS



edebé

© David Nel-lo, 2023

Derechos de edición negociados a través de Asterisc Agents

© Ed. Cast.: Edebé, 2023

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Coordinadora de Producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Freepik

1.^a edición, febrero 2023

ISBN: 978-84-683-6339-4

Depósito legal: B. 20808-2022

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

La tecnología se ha convertido en algo parecido a un miembro fantasma para ellos, porque forma parte de quiénes son. Estos jóvenes son los primeros que han crecido con las expectativas de una conexión continua: siempre conectados, siempre con ellos. Y también son los primeros que ya no consideran que la simulación sea peor que la realidad. Todo esto los hace más competentes con la tecnología, pero les provoca una serie de nuevas inseguridades.

SHERRY TURKLE (autora del libro *Alone together*)

Capítulo uno

Hoy he vuelto a Malkonektita. Habíamos quedado en que saldríamos a las siete de la mañana de Barrancos, pero yo ya estaba desvelado a las seis. He tenido una noche agitada, me he despertado un montón de veces. La razón de mi desasosiego la conozco bien; la perspectiva de volver a Malkonektita me inquietaba, aunque de forma racional entendía que hubiera sido ridículo negarme a ir y no cumplir con el trabajo que me habían encargado.

Finalmente, y hacía años que se hablaba del tema, se han concedido los permisos y se han firmado los contratos provisionales para construir en la zona una nave enorme (o distintas naves no tan grandes, ya se verá). Será un espacio de almacenaje inmenso para una de las grandes empresas de venta *online*, Big-Buy, que proveerá la distribución en toda el área sur, y que irá más allá de lo que sería la comarca del Campo Medio y sus alrededores. Es un proyecto ambicioso, y la gente de Barrancos está convencida de que les va a beneficiar.

Cuando he oído el aviso del *handy* indicándome que la furgoneta ya había llegado, he apurado el último sorbo de café, he reunido el material que iba a necesitar y he salido de casa. Ramón, que iba en el asiento de delante, ha bajado la ventanilla y me ha saludado con una sonrisa.

—¡Eh, ánimo, que no vamos al matadero! —me ha dicho acompañándolo de un gesto con la mano.

No le he respondido y me he limitado a subir a la furgoneta. Hemos dado la orden de arrancar y luego he mirado hacia atrás. Llevábamos una cuadrilla de los otros, unos siete u ocho en total. De entrada, creo que nos bastarán para inspeccionar y medir el terreno, sacar fotos y recoger toda la información que necesitaremos para ponernos manos a la obra y proseguir con el trabajo de planificación en las oficinas y en el laboratorio.

Los otros me han devuelto el saludo: «Buenos días, buenos días». Incluso alguno me ha reconocido y me ha dicho: «Buenos días, Nani». Ellos no dicen nunca «señor tal» o «señor cual», porque nadie les ha enseñado, no hace falta. A Ramón a veces le entran ganas de bromear y les sale con una burrada. Les dice: «Un poco de respeto, ¿eh, memo?», pero está claro que ellos no lo entienden.

El día era primaveral, y he dejado la ventanilla abierta porque quería que el aire fresco de la mañana me acariciase la cara. Escuchaba a Ramón a medias y me entretenía contemplando el paisaje del Campo Medio, que en esa época del año me enamora de nuevo cada vez. La primavera aún no ha irrumpido con todo su esplendor y luce con un verde suave, pero yo diría que ya hemos superado el frío del invierno, por el contraste de los viñedos con los olivos, algún almendro en flor aquí y allá... Luego hemos enfilado una carretera que hacía eses y hemos cruzado un pequeño pinar. También se ven pitas, que siempre me evocan una vegetación prehistórica, con esas hojas grandes y gruesas, como

sierras vegetales. Me provocan desazón; cuando era pequeño, pensaba que sería horrible pincharse con aquella planta. A lo lejos, las montañas parecían jorobas oscuras del paisaje, de un gris sombrío, de un azul difuminado, algunas casi negras. No me gustaría vivir en los Países Bajos, donde nada rompe la monotonía del horizonte: las llanuras me ahogan.

De vez en cuando me giraba para mirar a los otros, pero no les decía nada. Ellos permanecían sentados, inmóviles, callados, a la espera de órdenes.

Cuando la voz metálica del conductor nos ha avisado de que faltaban pocos minutos para llegar a nuestro destino, he notado que el corazón me daba un vuelco y he tocado el brazo de Ramón, en silencio.

Es sorprendente que después de tantos años sigan en pie algunos carteles y señales que anuncian la proximidad de Malkonektita. El paso del tiempo se ha comido la mayoría, o los ha abatido, y lo único que queda es un desecho oxidado y roto al lado de la carretera, como un animal mecánico que se hubiera estropeado y nadie hubiese tenido la paciencia de recoger para repararlo. Pero en los que aún resisten se puede leer perfectamente:

¡ATENCIÓN!
HABÉIS ENTRADO EN UNA ZONA SIN COBERTURA.
OS ACERCÁIS A MALKONEKTITA

ATTENTION!
YOU ARE ENTERING A SIGNAL-FREE ZONE.
APPROACHING MALKONEKTITA

Siempre lo ponían en las dos lenguas porque era importante que todo el mundo lo entendiera, los habitantes de la comarca y los extranjeros. Nadie quería complicaciones, y las autoridades, todavía menos.

La furgoneta ha disminuido la velocidad y ha subido por un desvío a la derecha más adelante, hasta que hemos alcanzado lo que fue la entrada oficial de Malkonektita. Cuando la voz del conductor nos ha anunciado que ya habíamos llegado, Ramón no se ha podido contener y le ha salido con una de sus guasas habituales:

—¡Que ya lo sabemos, tontaina!

Naturalmente, no ha habido ninguna réplica ni comentario.

Primero hemos bajado él y yo; después, los otros, que se habían quedado parados, casi en formación. Ramón les ha mandado que recogieran el material, las herramientas, todo lo que les iba a hacer falta. Les ha dicho que no se quedaran como pasmarotes y que empezaran la faena. «De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo», han repetido todos, porque no basta con que lo diga solo uno. Entretanto, he observado a mi alrededor, y lo que me ha llamado más la atención ha sido ver que el enorme cartel sujeto por dos palos de hierro también se mantenía firme. A pesar de que el óxido lo ha corroído y no iba a durar mucho, aún era bien legible. Si los nuevos planes llegan a buen puerto, este cartel será una de las primeras cosas que irán al suelo, sobre todo por su carácter simbólico.

En el cartel, con un tipo de letra que ya denota su intención, se lee:

BIENVENIDOS A MALKONEKTITA
WELCOME TO MALKONEKTITA

Es una caligrafía que imita la letra manuscrita, y alrededor del texto se ven unos dibujos chapuceros y pasados de moda: un sol muy grande, una media luna, unas flores medio despintadas, unos conejos, un gato, un perro... y, extrañamente, un molino de viento, a pesar de que me consta que en Malkonektita no hubo ningún molino de viento. Son imágenes desdibujadas, pero reconocibles. La plancha metálica del cartel está toda abollada, llena de agujeros por la corrosión, e incluso tiene marcas de perdigonadas, como si fuera el cartel indicador de un pueblo en una vieja película del lejano Oeste.

He respirado hondo y he cerrado los ojos mientras aspiraba el aroma característico del Campo Medio, con un trasfondo de romero. Entonces me he forzado a reaccionar: aquello no era una excursión nostálgica al pasado; habíamos venido a trabajar. He mirado a Ramón y le he dicho:

—¿Qué te parece?, ¿vamos?

Él ha asentido con un golpe de cabeza. A continuación, hemos dado las instrucciones a los otros, despacio y de forma clara. A juzgar por su aspecto, diría que son C, incluso hay un par de ellos que podrían ser D. No estoy seguro porque aquí el terreno está lleno de desniveles y es extremadamente accidentado, y los D tienen poco equilibrio, podrían caerse y estropearse. Por otra parte, la Administración hace lo que sea para abaratar costes en cualquier operación, y a veces nos

cuelan una banda de ineptos de un modelo bastante limitado o, lo que es peor, de modelos obsoletos.

Ramón ha programado unos drones para las filmaciones aéreas y de conjunto. Los aparatos han despegado, igual que unos falsos pájaros sin vida que suben por los cielos. Los otros, mientras, se han alejado por el terreno con el andar cauteloso y metódico que los caracteriza, y de vez en cuando decían algo que no he entendido.

—Nani, si te parece bien, yo empezaré por cubrir la zona de abajo, que es probable que sea la más complicada, y tú puedes subir a la colina y tomar notas o sacar fotos para la evaluación del estado general, una mirada panorámica de conjunto. Creo que en pocas horas lo podemos liquidar, ¿y sabes qué te digo?, que por ahora no me voy a romper mucho la cabeza. De momento, lo que necesitamos es un informe preliminar sin excesivos detalles; más tarde, cuando tengamos luz verde, si es el caso, ya nos meteremos a fondo con los aspectos más técnicos de la viabilidad del terreno y toda la mandanga.

Yo escuchaba a Ramón sin interrumpirlo, y después le he dicho que coincidía con él. He tomado aquellos caminos que en otros tiempos fueron calles y que ahora han quedado llenos de hierbajos, de baches y de pedruscos que alguna tormenta o las riadas han acumulado aquí y allá. Cuando he llegado al final del camino, me he detenido, porque más allá solo está la pista que conduce a la cima abrupta que preside Malkonektita. De todas formas, no tenía ninguna intención de subir al Pico del Congrio, porque aquello sí que me hubiese dolido, como una herida mal cerrada.

No necesitaba girarme para saber que detrás de mí estaba Barrancos, con su campanario prominente y los nuevos edificios de viviendas de las afueras, que cada vez se extienden más. No era precisamente aquella vista la que me interesaba. He preferido mirar hacia abajo, hacia el pueblo fantasma. Porque ahora es en eso en lo que se ha convertido, solo en eso: un panorama desolador. Muchas casas se han derrumbado, otras aún sobreviven; unas paredes quebradas que son como unos muertos que se resisten a ser sepultados o que no quieren desaparecer porque son testimonio de lo que fueron, de su misma existencia.

Allá abajo veía la carretera, la única que conduce a Malkonektita, que serpentea por la zona del bosque y que, por el otro lado, se aleja hacia Barrancos.

He observado cómo los otros trabajaban y hacían lo que les habíamos mandado, despacio, con una obstinación sistemática y maquinal. Qué distintos son de los antiguos habitantes de Malkonektita. Los otros apenas hacen ruido y ofrecen un aspecto neutro, vestidos con sus monos de trabajo de color azul oscuro, de una tela resistente e ignífuga. Los habitantes de entonces, en cambio, vestían ropa variopinta, parecían cabras locas, con unas ganas extraordinarias de jugar, de reír y saltar; respiraban un fuerte anhelo de vida.

El zumbido de los drones me ha distraído y he alzado la cabeza para mirar al cielo. Los dos aparatos se han detenido en un punto determinado, a unos veinte o treinta metros de altura, mientras cumplían su misión. Al cabo de un rato, dos tórtolas han pasado volando por encima de mí y han ido a posarse a una rama de un

pino cercano. El zurear de los pájaros contrastaba con el rumor mecánico de los drones. Una ráfaga de viento me ha hecho estremecer, y me he subido el cuello de la chaqueta. He entrecerrado los ojos y me he concentrado en el recuerdo de mi hermana, Magdalena.